

imposibilidad de fijar mi pensamiento en un objeto determinado.

La verdad es, oiga Ud, que me acometen veleidades de independencia; que siento una imperiosa necesidad de descansar con labores que gratas me sean, á cambio de las impuestas. ¡Oh, trabajar uno para sí, sin otro fin que el propio recreo intelectual, ¡qué bueno, qué bueno debe ser!

“Versos hagamos hoy, no más que por placer”.

Pero es el patrimonio exclusivo de muy pocos. Raro sería que el arte no se juntara con su compañera: la necesidad.

Usted ¡ah! ni conoce esas tentaciones. Para Ud, la idea del deber es una fuerza que preserva de todo desfallecimiento. Yo tuve el orgullo de creer que lo mismo sería para mí; pero á este mal desconocido que padezco, va unida la decepción de mis propios ideales. Sólo los hechos nos demuestran lo que somos.

Adiós, mi querido abate. De ningún modo pudiera dar á Ud. una idea más cabal del estado de mi alma, que confesándole que no hallo nada que decirle.

Perdóneme Ud, pues, y quiérame mucho siempre.

Jacobo.

IV

La Sra. de Bosry á Jacobo Thomín.

«Olvidé, partiendo, recomendarle envíe diario noticias Enrique, San Sebastián, posta restante Contestación inmediata.»

Jacobo Thomín á la Sra. de Bosry.

«Enviaré diariamente noticias Enrique, San Sebastián, posta restante. Hoy, salud perfecta.»

La Sra. de Bosry á Jacobo Thomín.

«Telegrama insuficiente. Escriba Ud. detalles: salud, trabajos, placeres, apetito, etc. etc.»

Jacobo á la Sra. de Bosry.

Estimable señora:

La salud de Enrique es buena, su trabajo me satisface enteramente; sus placeres, aunque menos numerosos y variados que durante la estancia de Ud. aquí, no dejan, por eso, de ser más completos.

En cuanto á su apetito, soy de parecer que debiera aconsejársele que lo moderara en vez de estimulárselo.

Dígnese Ud, señora, aceptar los respetuosos homenajes de su atto. S. S. q. b. s p.

Jacobo Thomin.

La Sra. de Bosry á Jacobo.

Señor Thomin:

Sepa Ud. que su laconismo es desesperante. ¿Por ventura le cuesta á Ud. tanto, escribir como hablar? ¿No comprende Ud. los deseos de una madre que se halla separada de su hijo? ¿Me toma Ud. acaso, por un ser de hielo como Ud. lo es, indudablemente?

Estoy muy intranquila por mi hijo. He tenido, la noche pasada, un sueño muy alar-

mante respecto de él: soñé que andaba solo en una barca arrastrada por las olas. Me desperté sobresaltada, lanzando gritos espantosos. . . . Pero á Ud. ¿qué le ha de importar todo eso, verdad?

Ruégole, en fin, me explique sin tardanza, cuáles son esos placeres tan completos á que se refiere y por qué el apetito de Enrique tiene que ser moderado, puesto que yo no he visto todavía á ese niño, comer de una manera que pudiera llamarse copiosa.

Mi estancia por acá va á prolongarse: hemos resuelto hacer excursiones algo lejos, á las montañas.

Entretanto, Ud. puede continuar dirigiendo sus letras á «*posta restante, San Sebastián*» donde cada noche llega el capitán á recoger mi correspondencia; y por fatigado que esté de andar de aquí para allá durante el día. Esto es, caballero, lo que se entiende por fineza entre la sociedad que frecuentamos. La galantería es la complacencia amable, la abnegación; en tanto que la gravedad de los puritanos, no es otra cosa que el cómodo egoísmo.

Respóndame Ud. en seguida y sírvase advertir á mi hijo que me dedique algunas lí-

neas. . . . ¿Cómo es que ni siquiera lo había pensado Ud?

¡Ah! Y que no tome Enrique baños de mar en mi ausencia, la pesadilla me persigue.

Termino enviando á Ud. mi atento saludo.

Marta de B.

Jacobo Thomín á la Sra. de Bosry.

Distinguida señora:

No había yo, efectivamente, sabido interpretar los deseos de Ud. ni adivinar sus zozobras; pero en vista de lo que expone en su última muy atenta, me empeñaré en satisfacer aquellos y en calmar éstas.

Por lo que respecta á Enrique, desde su salida de Ud. no ha llegado á poner los pies en un barco. Mas. . . ¿deberá renunciar por completo á los baños? Sería para él una gran privación que hasta, me temo, fuese á redundar en perjuicio de su salud.

Los placeres del niño consisten en paseos á la orilla del mar donde le enseño elementos de Cosmografía que él aprende con vivo interés; y en salidas al campo con el fin de

arrancar plantas para la formación de un herbario que es su pasión.

Un ligero malestar que le sobreviene despues de cada comida, me ha hecho suponer que sería inconveniente excitarle el apetito.

Ya le escribe á Ud. Enrique por este mismo correo.

Sírvase Ud., señora, admitir las protestas de mi estimación y respeto.

Jacobo Thomín

El abate Flers á Jacobo Thomín.

Mi querido Jacobo:

No había podido, por hallarme guardando cama, responder á sus últimas cartas, las cuales me han dejado una penosa impresión.

Dice Ud. que el mundo le repugna, que la sociedad le espanta y que enervado le tiene esa correspondencia cuotidiana con una mujer frívola. Y no obstante todo eso ¿afirma Ud. que es triste la soledad, bueno alimentar ilusiones y pesado el trabajo obligatorio?

¡Cuidado, amigo mío, que viene Ud. bajando, grado por grado, de las alturas donde

se está tranquilo, para descender á las regiones donde hay rudos combates y donde se sufre!

Desengáñese Ud. La imaginación con sus quimeras es deletérea; lo saludable, es el trabajo regular y ordenado, el que nos marca el deber.

No más, por tanto, le dé Ud. cabida á la exageración en sus actos y en sus sentimientos, que ya es una, y bien manifiesta, ese laconismo, esa sequedad, esa ausencia casi total de cortesía en sus actuales relaciones con la Sra. de Bosry.

Sea Ud. más accesible, complaciente; y agregaré aún, sea lógico. Porque Ud. no lo es ya, á juzgar por sus cartas llenas de contradicciones. ¡Vamos, que no le reconozco á Ud! Vuelva en sí y aproveche, de una vez, este periodo de soledad para dedicarlo seriamente á sus artículos. Deje Ud. á los poetas que canten al trabajo «por placer» y convénzase de que el practicado «por deber» es el que mayor consuelo da al alma y paz al corazón.

Por ahora, trate Ud. de educar bien al niño y de no ocuparse tanto de la mamá.

Unas cuantas líneas que leer cada maña-

na, de esa señora, y otras de Ud. contestando, ¿hay así, algo que deba turbarle?

Continúe escribiéndome con frecuencia, amigo mío; y no tenga reparo en descubrirme todo su corazón, pues bien sabe que sinceramente lo quiere su afmo.

H. Flers.

La Sra. de Bosry á Jacobo.

¿Qué es lo que acabo de saber, señor? ¿Se trata, realmente, de Ud. y de mi hijo? ¡No me cabe duda; y temblando estoy al crearlo!

¿Conque á mi hijo querido, á mi Enriqueto, le ha desgarrado las ropas un perro rabioso? ¡Oh, tan sólo de imaginármelo, me corren escalofríos por todo el cuerpo!... ¡Y es Ud.; Ud. quien le ha salvado la vida! ¡Y á qué precio!... ¡horror da el pensarlo!

¿Por qué permite Ud. que yo me entere de estas cosas tan tremendas por los periódicos? Nada me dijo Ud. en las dos cartas que me escribió despues del día fatal... Pero... ¿siquiera se está Ud. cuidando? Yo, por este mismo correo me dirijo á mi doctor

de Bayona, recomendándole que ocurra á ver á Ud. y, si él lo juzgare conveniente, aconsejarle que vaya luego á curarse á Paris. Entretanto, yo regresaré, ó bien, enviaré al capitán en busca de Enrique.

Mas ¿cómo pudo Ud. escribirme sin hacer mención del terrible suceso? Es Ud. un ser positivamente raro; no sé qué admirar más, si su valor entonces ó si su reserva ahora.... ¿Orgullo será, ó modestia?

No logro reponerme todavía de la fuerte emoción que me produjo el artículo de «La Gaceta»; siéntome agitada y temblando de tal modo, que no me es posible tener la pluma.

Deme Ud, pero en seguida, más noticias con los detalles relativos, se lo suplico encarecidamente; y no dude que el acto de abnegación llevado á cabo respecto de mi hijo, me obliga ante Ud. con profunda é imperecedera gratitud.

Marta de Bosry.

Jacobo á la Sra. de Bosry.

Me halaga Ud, señora, atribuyendo mi silencio á modestia ó á orgullo.

Asimismo pondera Ud. el peligro que corrió su hijo Enrique, á la vez que mi llamada sangre fría ante una herida que, hasta hoy, no presenta ninguna gravedad.

No soy tan estoico como Ud. lo piensa y, por otra parte, nunca he pretendido usurpar una buena reputación que no merezco.

En primer lugar, nada prueba que el perro estuviese hidrófobo: según yo, no lo estaba, pues así resulta de las investigaciones que me fué posible efectuar aquella misma noche en el villorrio donde habita el propietario del can.

Luego, como los detalles que yo pudiera añadir á los que Ud. ha leído en «La Gaceta» no serían, al cabo, más que impresiones puramente personales, quizás ni le interesarían á Ud, señora.

Por lo que toca á Enrique, se halla ahora perfectamente bien, no obstante la conmoción que le produjera aquella noche el incidente que acababa de ocurrir. Hoy pide con afán que lo lleve al «Artha», donde los marineros preparan una fiestecita; mas como

yo he debido hacerle objeciones con motivo de la prohibición de Ud. para que se embarcara, aquí lo tiene Ud. hecho un mar de lágrimas.

Sin más por ahora, señora, etc. . .

Jacobo Thomin.

La Sra. de Bosry á Jacobo.

¿Por qué dice Ud. que sus impresiones personales no habrían de interesarme? Me juzga Ud, acaso, incapaz de comprenderlas? Yo tampoco he dicho las más, pero solamente porque sé no lo podría hacer bien. Nunca me había acontecido verme en el caso de expresar pensamientos de la naturaleza de los que me está sugiriendo la carta de Ud. de hoy por la mañana; no hallaré, así, como quisiera, las palabras adecuadas: temería decir sandeces; sandeces, sí, que Ud. con su ironía habitual, no tardaría en poner de relieve.

Persisten mis inquietudes, vagas, pero muy dolorosas. Nada me divierte aquí: la España, que yo me prometía tan hermosa, páreceme ahora el país más horrible del mundo.

El capitán no hace otra cosa que repetir-me, de la mañana á la noche, los mismos cumplimientos. ¡Ah! ¡Si Ud. supiera cuán poco halagan á una mujer las amabilidades de un hombre tonto! Marcela, por otro lado, con sus decantadas teorías sobre las ventajas de la libertad y de la independencía, me ataca espantosamente los nervios. Y desde luego le advertiré á Ud: no es sincera, por que abrigo la convicción de que está sintiendo hasta la locura su separación del señor de Arcantal; sólo que, como no puede recordarlo absolutamente, procura encontrarle un substituto. No es por esto, en fin, que yo la critique tanto; sino porque lo niega y no pára ensalzando los preciadísimos goces de su libertad cuando, meramente, se está secando de despecho porque continúa libre.

Mañana por la mañana emprenderemos una excursión á la montaña; excursión que ha de ser larga, de acuerdo con lo que han dado en llamar «recreación *high life*». ¡Recrearse, bueno; todo depende de la compañía! A nosotras las mujeres nos agrada la de los hombres, siempre que éstos lo sean de verdad»

Hágame Ud. el favor de decirle á su dis-

cípulo que lamento nuestra separación y que para otra vez, ó lo traigo conmigo ó no volveré á alejarme.

Adiós, señor Thomin. De hoy en adelante, crea Ud. en los buenos sentimientos de la madre de Enrique.

Marta v. de Bosry.

P. S.—Puede Ud llevar á Enrique al «Artha». ¿Para qué hacerle llorar? Y sobre todo que, yendo con Ud, no corre ningún peligro.

V.

Telegrama del capitán F. á Jacobo Thomin.

«Señora Bosry caída caballo, luxación grave. Remitir inmediatamente chambras, demás efectos adecuados, Caserio Cuencho, vía Bilbao.

La Sra. de Bosry á Jacobo.

Enterado como está Ud. señor Thomin, de lo sucedido, fáltale saber que me hallo sola, forzada á pasar lo menos quince días, dentro de un triste cuartucho de posada, en medio de campesinos españoles y sin entender su jerigonza.

La misma noche del percance, excitada como me sentía, tanto por el dolor físico cuanto por el contratiempo de lo ocurrido, rompí de plano con la Sra. de Arcantal que, al día siguiente, salió para Madrid llevándose á su hermano. Despues de todo, ha sido una fortuna, porque prefiero á mis aldeanos españoles que siquiera me atienden y me compadecen, prendiendo velas de cera por mi curación.

Los hermanos se mandaron largar sin proferir una queja. Tan luego como el capitán se percató de que perdía miserablemente su tiempo si continuaba pretendiéndome, acabó, yo creo, por detestarme. En cuanto á ella, Marcela, resueltamente, aspira á volverse á casar y no piensa en nada más.

He tenido que interrumpir mi carta, porque escribo con suma dificultad en este misero lecho; siento como un martilleo dentro

de mi cabeza y me tiembla la mano. El médico que, por su facha, mejor parece un curandero, tiene á bien ordenarme el reposo completo de cuerpo y de alma. . . . ¿Pero cómo haré para no hacer nada? . . . Y qué otra cosa podría, si no fuera escribirle á Ud?

¿Y me responderá á lo menos? ¿Se servirá considerar que me fastidio hasta morir en este cuarto de posada donde no tengo á nadie con quien hablar, ni nada; nada que leer más que sus cartas? ¡Por el amor de Dios, hágalas Ud. largas y procure al mismo tiempo ser amable! Ud. sabe serlo cuando quiere.

En cambio, nadie tampoco sabe mostrarse, mejor que Ud, severo y cruel. ¡Ah, sí! Más de una vez me he preguntado cómo he podido olvidar y hasta perdonar sus impertinencias; yo, que jamás he tolerado de persona alguna, la menor palabra equívoca. ¡Y que pase todo esto por ahora como efecto de la soledad, del fastidio, de este abrumamiento de cabeza que me causa la fiebre! . . . ¡Qué cosa más atroz son las enfermedades!

Preferiría ¿sabe? leer cuatro ó más páginas de Ud. con toda su torcida intención, que no leer nada. . . .

¿Para qué vendría por acá? No me espe-

raba, á decir verdad, ningún placer de semejante viaje; y luego, que cuando viajo, lo hago más que por el deseo que pudiera llamarme á otra parte, por sólo el prurito de huir de lo que me rodea.

Yo misma no sé por qué soy como soy: detesto la mentira y sucédeme con frecuencia, manifestar, precisamente, lo contrario de lo que siento; y muy á menudo, no obstante ser la dueña de mis acciones, ejecutar también lo que menos me place.

Dígale á mi Enriquillo que me tiene muy contenta por sus cartas; que le felicito por sus grandes progresos y que mañana le escribiré.

Ud. mándeme algunos libros, se lo suplico seriamente. Aquí no hay posibilidad de conseguir otros que no sean de vidas de santos ó de recetas de cocina del país, porque estas gentes cuidan mucho de su alma y de su estómago, pero nada de su entendimiento que reclama una curación muy formal.

En mi gabinetito se hallan algunos volúmenes: elija Ud. mismo los que le parecieren más á propósito para distraerme, porque —fijese Ud. bien— me aburro demasiado.

Marta v. de Bosry.

El abate Flers á Jacobo.

Su última, Jacobo, tan corta como llena de reticencias, que la aguardaba yo desde hace una semana, lejos de tranquilizarme, redobla mis preocupaciones tocante á Ud. No parece sino que anda sobre un terreno movedizo, y miedo me dá que cuando quiera retroceder, ya no sea tiempo. No es Ud. para esa clase de aventuras, mi buen amigo: créame que experimentaría decepción muy cruel en un desenlace donde otros vieran tan sólo un cambio de placer.

¿Sabré cual es, por fin, ese incidente al cual hace Ud. misteriosas alusiones y que tan profundamente le ha impresionado? . . .

Por qué decirme las cosas á medias? ¿No tengo ya toda su confianza? ¡Vamos, explá-yese Ud. con este su amigo; y, en lugar de acariciar su fantasma en la sombra, preséntelo, que cuando salga á plena luz, ya se desvanecerá.

H. Flers.

Jacobo al abate Flers.

Queridísimo abate:

Mis reticencias no implican falta de sinceridad ni falta de confianza, sino únicamente la de fijeza en mis ideas y en mis sentimientos, así como el temor de aparecer ante Ud, más que nunca, desprovisto de lógica.

Desde luego dire á Ud. que el incidente en cuestión, aunque de por sí no revista grande importancia, basta conque me haya turbado hasta el punto que no trato de negar, para convenir en que, efectivamente, piso sobre un terreno muy poco sólido.

Por indicación expresa de la Sra. de Bosry que me ha pedido libros, penetré en su departamento.

Allí me encontré con su retrato y el de su marido. Esos retratos han sido para mí una revelación. Ahora puedo apreciar las palabras de Ud. en su justo valor y en toda su extensión:

«La excusa de la mujer, es el hombre.»

Ella, es verdaderamente hermosa, ¡oh, sí! La estuve contemplando durante una hora recreándome con su mirada, embriagado con su sonrisa; luego, oprimido mi corazón por un ridículo cuanto inexplicable do-

lor, abrumado con la sensación de lo imposible. ¡Ay, amigo mío! ¿Qué quiere Ud.? Preséntanse en la vida, crisis que debemos sufrir y necesidades contra las cuales de nada serviría ni el intento de rebelarse, porque son más fuertes que nosotros mismos. ¡Locura, desvarío. . . y, como Ud. lo ha dicho, un germen de sinsabores para mi nueva existencia! Pero ¡quién sabe! acaso sean indispensables esas penas, á falta de las cuales el hombre quedaría incompleto. . . .

Adiós; y como siempre, suyo de corazón.

Jacobo Thomin.

P. S.—Los libros que componen la biblioteca de la Sra. de Bosry son, ciertamente, lastimosos; unos, malos, los otros, estúpidos y los que ménos, insignificantes.

¿Tendrá Ud. la bondad de mandarme, á vuelta de correo, «El Molino del Floss» de Georges Eliot y «Dominique» de Fromentin, que se hallan en mi casa? Aquí no hay librerías, pero con algunos otros volúmenes que tengo en mi maleta, completaré esta primera remesa.

La Sra. de Bosry á Jacobo Thomin.

¿Deberé creer que es también una broma de mal género, de parte de Ud, la elección hecha de los libros que me ha mandado?

Sabe Ud. que me fastidio hasta morir; le he rogado que me ayude á distraerme y se pone á enviarme una novela inglesa y versos. Mucho tiempo hace que estoy reñida con la poesía: la de Alfredo de Vigny será muy buena (y debe serlo puesto que Ud. lo dice); pero yo no quiero bueno por ahora, sino algo que me divierta. Nunca he podido soportar más de veinte páginas de novela inglesa, porque en esas veinte páginas he vuelto á encontrar siempre las mismas cosas: descripciones de *lunchs*, conversaciones larguísimas de niños y recetas de *plum pudding*. Tanto como esto último, valdrianme las noticias culinarias de mi huésped española.

Respecto á «Dominique» tan sólo el título y el color azul de la pasta, me han bastado para no abrirlo siquiera: ya me imagino, moral en acción.

Torpe ha sido, por consiguiente, si no maliciosa, la elección de Ud. Y como no puedo menos que creer la haya Ud. efectuado con más malicia que error, me siento herida

profundamente, pues demasiado comprendo su indiferencia para todo aquello que pudiera serme grato.

Facílitame Ud. obras interesantes por amor de Dios! . . . algo más positivo, menos ideal que los versos y menos falso que esa moral tan ponderada. Lo que me encantaría hallar en los libros es algo de lo que pasa dentro de mí, que conmigo misma tuviera alguna relación.

Terminaré repitiendo que me fastidio soberanamente; y una vez más, que sea Ud. compasivo.

Marta de B.

Jacobo á la Sra. de Bosry.

No puedo convenir, señora, en que mi elección respecto de los libros sea mala; lo que sí le puedo asegurar á Ud. es que la hice sin la menor intención maligna ni aun chancera. Abrigo la creencia, además, de que esas lecturas le interesarían á Ud. siempre que se tomase el trabajo de emprenderlas, mas no con el deliberado propósito de desecharlas á la simple vista del título ó del color de la pasta.

Demasiada penetración tiene Ud. para no comoverse de placer leyendo á Alfredo de Vigny. Digo placer y la palabra es impropia. Siéntese, al leer esos grandiosos pensamientos, algo que penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser y que, de pronto hace surgir, tocante al misterio de los destinos humanos, una de esas visiones deslumbradoras que nos dejan en el alma huella imborrable. Lea Ud. «Eloa» y si ese poema le pareciere muy largo, comience por «La Muerte del Lobo», que es el resumen, diré, de cuanto hasta hoy se ha expresado acerca del injusto penar y de la resignación silenciosa: sufrir todo, comprenderlo todo y callar.

En ningunos libros como en los de Jorge Eliot podrá Ud. ver mejor lo que le acontece en sí misma y en rededor suyo. Esas novelas son esencialmente humanas: la escritora pinta lo que ha visto y sin pretender mayores sorpresas, descubriendo tan sólo entre las existencias más vulgares, una fuente de inagotable interés. Procure Ud. leer «El Molino del Floss» y, ya verá como antes de la página 20, habrá saboreado el encanto y querido á la autora.

Respecto de «Dominique» confesaré que

tal vez anduve equivocado al enviárselo á Ud. porque si no le agrada, como me temo, francamente, me sentiría humillado; pero «Dominique» tiene sus fieles que le consagran cierto cariño secreto y que hasta miran con complacencia se halle casi ignorado. Por lo que á mí atañe, no transcurre mucho tiempo sin que no vuelva á hojearlo; todo en él me atrae: el cuadro de su acción, la sucesión de los acontecimientos, el modo de trazar los caracteres, su alcance moral. Y ese libro es pensado, cualidad rarísima en estos nuestros tiempos de improvisación. El amor está descrito como nunca lo haya estado, quizás; entiéndase el amor que no es ni el ciego apetito, ni un sentimiento purísimo, sino el amor más común, el que participa á la vez de la sangre y del alma. Hallo, en fin, en ese libro, distinción, elegancia, un algo que invita á pensar, á soñar, y que desprende cierto perfume de melancolía. . . . ¡Oh! ¡Algunas de sus páginas me causan tan particular, tan poderosa impresión, cual si fuesen las páginas de mi propia vida!

Perdóneme Ud, señora, que insista sobre una apreciación tan personal, ya que en nada vendría á determinar la suya. Lo que aho-

ra me atrevo á solicitar de Ud. es que no lea ese libro si no es que le proporcione algún placer. Cuando le fastidie, ciérrelo y no lo vea más.

Enrique comienza á sentir que la ausencia de su mamá se prolonga demasiado. Infórmase, día por día, de la salud de Ud. con cariñoso interés. La de él, es completa entretanto, y su gusto por el estudio va desarrollándose de la manera más satisfactoria.

Dígnese Ud., etc. . .

Jacobo Thomin.

La Sra. de Bosry á Jacobo.

Pasé la noche leyendo á Alfredo de Vigny y «Dominique». Agradecidísima le quedo á Ud. por haberme, de cierto modo, obligado á hacerlo. En mi vida había experimentado un goce semejante: ya me sé de memoria «La Muerte del Lobo» y pienso volver á leer «Dominique». Razón tiene Ud., este libro encanta y conmueve; no hace llorar como esos relatos patéticos que yo había buscado hasta ahora; sino que trae á nuestra alma una desazón, una ansiedad que nos lleva necesaria-

mente á la reflexión. Aunque el héroe representa un tipo que probablemente no existe en medio del egoísmo de nuestro siglo, en torno de la agitación y el contento de sí mismo que reinando está, hay que preocuparse de él é investigar con afán la importancia de su mérito y de sus sufrimientos.

En cuanto á mí, le diré á Ud, que no obstante la simpatía que me inspira la persona del protagonista, le hallo algo criticable; querría, á mi modo de ver, que él hubiera perseguido, con mayor ardimiento y constancia, la realización de sus sueños, porque estimo como una cobardía el renunciar á la dicha en tanto que ésta es posible.

Mejor comprendo el estoicismo feroz del lobo. Ante lo inevitable, la verdadera grandeza consiste en callar. Creo que yo moriría sin quejarme; pero también sé que, si algún día viera delante de mí la felicidad, echaría-me sobre ella como una furia; y no habría poder humano que me impidiera seguir luchando hasta poseerla.

Yo, sin embargo, no la he visto nunca. En medio de mi vida de placer, no solamente no he gozado de nada, sino que nada he deseado, porque nada tampoco he mirado ape-

teable. Ahí está el secreto de las vidas inútiles. Ustedes, los hombres, tienen sobre nosotras esta ventaja, casi todos: la de acariciar una esperanza incesante de fortuna ó de gloria.

¿Qué quiere Ud. que haga una mujer rica, ignorante, joven sin amor y reducida á combinaciones de modas y tocados y á las únicas emocionantes notas de teatros y carreras?

Escribame Ud. y remítame otros libros. La próxima noche leeré «El Molino del Floss». Luego . . . no tendré nada más y ya no puedo pasarme sin libros.

Dígale Ud. á mi Enriquillo que siga trabajando mucho para que se vuelva pronto muy sabio.

Marta de Bosry.

Jacobo á la Sra. de Bosry.

Señora:

Me siento muy feliz por haber podido proporcionar á Ud. algunos momentos de solaz. No me quedan aquí otros libros que los de estudio; pero ya escribí á un amigo que hiciera en mi biblioteca una selección de los que pienso enviar á Ud. tan luego como lleguen á mis manos.

Los libros, no lo dude Ud., son nuestros mejores amigos: aunque á veces nos produzcan vacío en el corazón, acaban siempre por llenar nuestra existencia; nos dan á conocer las amarguras, pero nos libertan del inmenso fastidio.

Dispongo aún de otros volúmenes de Alfredo de Vigny que le interesarán á Ud. «Dominique», desgraciadamente, no tiene hermano. ¡Y no vaya Ud. á creer que el héroe de la obra sea un ser excepcional; por el contrario, es crecido el número de los que, bregando afanosamente con el demonio del escrúpulo y la fiebre de la perfección, retroceden medrosos, llegado el momento de obrar. Una hada les hizo falta en su cuna: la que transmitió el arte de ceder á la naturaleza, el arte de gozar.

¡Dichosos mil veces, si dentro de esa vida que han sobrellevado sin placeres como sin revueltas, lograron crearse alguna fuerza para la ardiente vida moral! . . . Pero estoy divagando.

Dispénsese Ud., señora, y sírvase aceptar los homenajes de mi respetuoso afecto.

Jacobo Thomin.

VI.

La Sra. de Bosry á Jacobo Thomin.

«Mañana aniversario fallecimiento señor Bosry, favor disponer servicio fúnebre correspondiente.—Escribo».

Me he tomado la libertad, señor Thomin, de encargar á Ud. de lo relativo al servicio fúnebre, porque me hallaba completamente desprevenida. Hasta hoy mismo por la mañana (demasiado tarde para dirigirme al Sr. Cura), advertí que haciéndolo por telégrafo, hubiera, dicho señor, encontrado inconveniente el procedimiento y además, tomaría, seguramente, como afectación de indiferencia ú originalidad de mi parte, lo que no ha sido, en resumen, más que un olvido.

Ud. tiene mejor criterio y supongo no me condenará por la repugnancia que me inspiran